

NOE CASADO

DESCONOCIDA



Desconocida
Serie Boston IV

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Anna Ismagilova - Sutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-08-20447-3
Depósito legal: B. 961-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Otoño de 1934

—¡La fiesta está siendo todo un éxito!

Gaby torció el gesto con disimulo al oír aquello, pues si bien eso era cierto, a ella aquella celebración la aburría sobremanera; sin embargo, cambió con rapidez su semblante por uno acorde con las circunstancias y sonrió para que nadie sospechara que a veces tanto entusiasmo la irritaba, además, era la enésima vez que oía semejante frase. De acuerdo, tal como repetían muchos de los asistentes, la velada estaba transcurriendo de forma perfecta, aunque, ¿podía acaso ser de otro modo?

Lo dudaba; en su familia nada se dejaba al azar, nunca se improvisaba. Bien lo sabía ella, que siempre había tenido la misma actitud y empezaba a cuestionarse si, por una vez, no debería romper las reglas. Pero ese pensamiento se fue tan rápido como llegó, ya que a sus veintiséis años siempre había estado protegida, tanto por sus padres como por sus dos hermanos mayores. Y si bien desde hacía tiempo ellos, Samantha y Alfred, ya no estaban tan pendientes, dado que sus respectivas parejas los tenían ocupados, procuraban estar al tanto de sus andanzas, que se resumían en muy pocas. Lo cierto era que Gaby se conformaba con eso, pues desde hacía mucho su única aspiración era casarse con Frank, al que por cierto intentaba localizar entre los invitados, sin éxito.

Desde que lo conoció, hacía ya ocho años, supo que era el hombre de su vida. Y no sólo porque fuera sensible, cariñoso, atento, afable, trabajador, discreto..., cualidades que cualquier mujer apreciaría y buscaría en su compañero. Gaby siempre deseó a alguien que la cuidara, la comprendiera y no se dejara deslumbrar por un apellido como el suyo. Pero además Frank no era uno de esos hombres dispuestos a todo por casarse con ella y vivir de las rentas. Había estudiado con ahínco, obtenido unas calificaciones excelentes y después había ocupado una plaza como pasante en un renombrado bufete de abogados. Ahora, tras unos años de esfuerzo y de más estudios, por fin se había establecido por su cuenta como notario.

Gaby y él habían hablado mucho de ello y, aunque ser la esposa de un notario podía considerarse como una posición muy por debajo de lo que se esperaba para ella, era algo que no la preocupaba, porque sólo pensaba en el día en que por fin sería una mujer casada y podría ocuparse en exclusiva de su marido y de los hijos que pensaba tener cuanto antes.

Si de ella dependiera, llevaría casada al menos cinco años y tendría como mínimo un par de pequeños por los que desvivirse. Sin embargo, sus deseos se habían ido aplazando. Primero debido a los estudios de Frank, ya que para él hubiera sido imposible acabarlos con una mujer a la que atender, y segundo su propia familia, que, si bien lo apreciaban, nunca se mostraban muy proclives a que se celebrara el matrimonio.

—Por fin te encuentro... —murmuró una voz familiar a su espalda, haciéndola sonreír.

Se volvió despacio hasta contemplar el rostro siempre amable de Frank.

—Yo también te estaba buscando —dijo con ternura, y se arrió a él para cogerse de su brazo.

No se cansaba de mirarlo. Guapo a rabiar, con aquel pelo rubio oscuro, su cuerpo delgado, que le gustaría tocar con menos ropa encima, y su elegancia en el vestir.

Todo un caballero de esos que en los últimos tiempos escaseaban.

—Buenas noches, Gaby —la saludó en ese momento Stanley.

A ella se le borró la sonrisa, pues si bien no tenía nada en contra de aquel hombre, lo cierto era que desde que había comenzado a trabajar junto a Frank se habían hecho muy amigos, demasiado, desde el punto de vista de Gaby; pasaban tanto tiempo juntos que empezaba a ponerse celosa.

Entendía que Frank tuviera un secretario que se ocupara de los pormenores de la notaría. Incluso se alegró de que contratara a un hombre en vez de a una mujer, para así evitar el peligro de que surgiera cualquier tipo de relación extralaboral.

Correspondió al saludo con una media sonrisa, obligada a ello para evitar que Frank se molestara. Si de ella dependiera, la presencia de Stanley se limitaría a la oficina, pero su novio se empeñaba en tenerlo siempre cerca.

—Sé que te había prometido quedarme hasta el final... —empezó a decir Frank en tono de disculpa—, sin embargo, me ha surgido un imprevisto...

—¿Un viernes por la noche? —preguntó estupefacta, pues un notario, por muy atareado que estuviera, nunca tenía urgencias de última hora.

—Lo sé, pero...

—Frank, por Dios, aún no han servido la cena —le recordó Gaby—. Hoy es un día importante para nosotros.

—Gaby, cariño...

—¡Es la boda de mi hermano, toda mi familia está aquí! —exclamó, y luego procuró controlarse para no armar un escándalo y evitar así ser el centro de atención.

—Se trata de mi madre —dijo Frank y añadió, procurando no sonar muy irónico—: Creo que tu familia sabrá disculparme.

—¿Qué van a decir los invitados si me dejas sola? —Gaby torció el gesto.

A Frank su familia lo toleraba porque no les quedaba más reme-

dio. Empezando por su padre, que siempre se mostraba bastante frío, y acabando por sus hermanos, que en más de una ocasión lo habían convertido en objeto de sus chanzas. Gaby les pedía que no lo hicieran, pues eso nunca era plato de gusto para Frank, que ponía cara de circunstancias pero nunca respondía.

—¿Y qué le pasa ahora a tu madre? —preguntó mordiéndose la lengua; la señora Tremblay, aparte de un incordio, la mayor parte del tiempo estaba enferma, o al menos fingía estarlo en los momentos más inoportunos.

—Nada grave, tranquila, sólo es una pequeña indisposición —respondió Stanley, lo que incrementó el enfado de Gaby.

Resopló indignada porque a veces aquel hombre se excedía en sus funciones como secretario. Si estaba incluido en la lista de invitados era por no disgustar a Frank, que había insistido más de lo prudente, y ante aquella disyuntiva, para evitar una confrontación, Gaby, como novia obediente, había acabado claudicando.

—Está bien —accedió finalmente, pues no le quedaba más remedio.

—Te compensaré, cariño —dijo Frank antes de darle un casto beso en la mejilla y despedirse.

Aburrida, sola y con ganas de gritar, deambuló por la fiesta en busca de algo para entretenerse. Divisó a su padre, que al parecer estaba aprovechando para hacer negocios, pese a que llevaba retirado más de cinco años y la empresa familiar ahora la dirigía Samantha; pero entendía que, tras tanto tiempo al frente de todo, le resultara difícil desvincularse por completo. Observó que su madre se acercaba a él y vio cómo, de repente, su semblante cambiaba, pasando de uno inexpresivo a otro mucho más afectuoso.

Gaby suspiró, esperaba tener eso mismo cuando se casara. No veía el momento de pasar por el altar, algo con lo que llevaba soñando desde que era una niña. Estar junto a Frank, envejecer con él, disfrutar de cada pequeño momento los dos juntos...

—Alegra esa cara —dijo su hermana al llegar junto a ella—. Ahora que Frank se ha largado podrás divertirte.

—No tiene gracia, Samantha —murmuró ella triste—. La señora Tremblay se ha puesto enferma.

—¿Otra vez? —comentó sarcástica su hermana—. No sé cómo ha llegado a ser viuda, cuando resulta que se pasa el día en cama.

—Ya sabes qué dicen: mujer enferma, mujer eterna —terció su hermano Alfred, uniéndose a ellas.

—Vaya, si has sido capaz de despegarte de tu mujer durante un rato —lo provocó Samantha con cariño.

—No le hagas caso —replicó la pequeña—. Todos estamos encantados con Tina y nos alegramos muchísimo de que todo haya salido tan bien.

—Que conste que me he visto obligado a soltarla —confesó el novio.

Gaby, que era una joven ingenua, puso cara soñadora y Samantha, con mucha más idea de lo que iba a ocurrir tras la recepción, sonrió de medio lado con aire picarón.

Los tres hermanos charlaron un rato, poniéndose al día y bromeando sobre algunos de los invitados, porque, debido a los compromisos sociales, habían tenido que incluir en la lista a personas que aprovechaban cualquier sarao para hacerle un poco la pelota al padre, Samuel Boston, creyendo que era quien todavía tomaba las decisiones, cuando lo cierto era que en realidad era Samantha quien manejaba los hilos. Esa situación al principio la molestaba, pues en muchos círculos financieros no la tomaban en serio, pero había sabido darle la vuelta a la tortilla. Por supuesto, con la complicidad de sus padres y el apoyo incondicional de sus hermanos.

—¿Qué hacéis aquí los tres tan apartados? —los interrumpió su madre con una sonrisa cómplice—. ¿Conspirando, tal vez?

—No, mamá, sólo hablábamos de los invitados —respondió Gaby con su expresión más inocente.

—Así le quitas toda la gracia al asunto —se quejó Samantha.

—Creo que nos llaman para la cena —intervino Alfred diplomático.

Todos se encaminaron hacia el comedor, donde ocuparon sus

asientos y, al hacerlo, fue evidente que en la mesa principal quedaba uno libre.

—¿Alguien podría decirme qué le ha pasado al señor Tremblay? —preguntó Samuel mirando a su hija menor, que intentaba, sin éxito, disimular su malestar por ser la única sin acompañante.

—Ha tenido que ausentarse por asuntos familiares —respondió en voz baja.

Era consciente del escaso aprecio que los suyos le tenían a Frank y lo poco que se molestaban en disimularlo.

—Qué novedad —murmuró el patriarca, para que sólo su esposa lo oyera.

Por suerte, surgieron otros temas de conversación mucho más amenos, que le permitieron a Gaby olvidarse de Frank y de su desplante. Luego todo el protagonismo fue para Alfred y Tina, que no dejaron de recibir las felicitaciones de los presentes, junto con los mejores deseos. Los comienzos de la pareja no habían sido nada apropiados. Alfred dejó embarazada a una mujer y por poco ni siquiera conoce a su hijo. Afortunadamente ella se había convertido en su esposa y todos estaban encantados con Tina.

* * *

Gaby se divirtió, bailó primero con su hermano, después con el marido de Samantha, James, que se mostró amable con ella, aunque estuvo la mayor parte del tiempo pendiente de su esposa y de otro de los invitados, Sebastian Wesley, con el que Gaby bailó más tarde y al que intentó sonsacarle el motivo de la conocida enemistad entre ambos hombres, aunque sin éxito.

Por supuesto, recibió educadas proposiciones de otros caballeros, con los que compartió comentarios más o menos frívolos, pero que no lograron que olvidara a Frank. Así que al final de la velada se encontraba abatida y sin ganas de alargarla, como al parecer muchos de los presentes iban a hacer. Entre ellos, como era lógico, no

estaba Alfred, que, sin decir nada, había desaparecido ya hacía un buen rato junto con Tina. No era difícil averiguar el motivo.

Gaby sonrió, pues tras muchas idas y venidas, al fin su hermano disfrutaba de un matrimonio feliz, aunque no podía evitar sentir cierta envidia.

—¿Te quedas un rato más? —quiso saber Samantha.

—No, la verdad es que prefiero irme a casa —respondió ella suspirando.

—Papá y mamá ya se han marchado con Eric; si quieres te podemos acercar nosotros o, si lo prefieres, quédate en nuestra casa.

—¿A James no le importará? —preguntó por si acaso, puesto que a su cuñado, siempre tan reservado, tal vez no le hiciera gracia.

—Por supuesto que no —dijo él acercándose a ellas—. Eres siempre bienvenida, ya lo sabes, Gaby —añadió con amabilidad.

No tenía muy claro qué hacer. Por un lado, le apetecía regresar a casa con sus padres y así poder jugar con su sobrino por la mañana. Adoraba a Eric y cada vez que le surgía la oportunidad se quedaba con él, pensando en el día en que por fin tuviera sus propios hijos.

—Anda, ven con nosotros. Mañana, si te apetece, podemos pasar el día juntas —la animó su hermana.

—¿Estás segura? Siempre estás tan ocupada... —replicó Gaby haciendo una mueca, ya que Samantha se dedicaba en cuerpo y alma al negocio.

—Sí, te lo prometo.

Lo cierto era que le apetecía mucho pasar el día con Samantha, así que aceptó la invitación.

Sin embargo, hora y media más tarde ya se había arrepentido. No por nada en especial, simplemente se sentía fuera de su elemento. La habitación de invitados era confortable, desde luego, pero Gaby no lograba conciliar el sueño y no disponía de nada para entretenerse, como por ejemplo sus novelas.

Así que, tras intentar dormirse sin éxito, acabó levantándose para bajar a la cocina y servirse un vaso de leche tibia que la ayudara a relajarse y si ese remedio no le funcionaba, siempre podía acer-

carse a la excelente biblioteca y elegir un libro para amenizar las horas de insomnio.

Conocía la distribución de la casa, así que no tuvo que encender muchas luces para bajar la escalera; luego caminó con sigilo, pues no quería despertar a nadie. Al llegar a la planta baja, oyó un grito. Uno de mujer para ser exactos, lo que hizo que se detuviera en el acto en medio del pasillo que daba acceso a la zona de servicio.

—¡No me atraparás! —exclamó una voz femenina jadeando.

—Ven aquí, querida —replicó una voz de hombre en tono bajo y amenazador.

Gaby se asustó y sintió un escalofrío, ya que reconoció la voz de su cuñado y aquel tono no presagiaba nada bueno.

—Te lo advierto, James, esta vez no te vas a salir con la tuya —dijo Samantha, desafiando a su marido.

Están enfadados, pensó Gaby, con la firme intención de dar media vuelta, porque no quería presenciar una pelea; pero antes de que pudiera mover los pies, oyó un fuerte golpe, como si varios enseres cayeran al suelo. Eso la alarmó: ¿y si su hermana estaba en peligro?

—Vas a obedecerme, querida esposa —añadió él con aire de advertencia, y a continuación se oyó otro fuerte ruido, como si alguien diese un puñetazo en una mesa.

—Pues intenta someterme si tienes lo que hay que tener —prosiguió Samantha.

—Oh, no... —musitó Gaby preocupada, llevándose una mano a la boca, inquieta por si la descubrían allí y su cuñado también se encaraba con ella.

—Ahora mismo, sin replicar, que te conozco, vas a quedarte quietecita y dejarás que haga contigo lo que me venga en gana...

—¡Ja! ¡Que te crees tú eso!

¡Quién iba a imaginar que la pobre Samantha sufría el mal carácter de su marido!

Llevaban casados casi seis años y nada hacía sospechar que de puertas adentro ocurriera algo semejante. Gaby se puso en lo peor,

ya que no era ningún secreto que algunos hombres pegaban a sus esposas. Otra cosa bien distinta era que nunca trascendiera.

—Samantha, no me provoques y ven aquí... Te has pasado toda la noche zascandileando por la fiesta.

—¿Me has estado vigilando? —dijo irónica.

—Por supuesto —admitió James sin rastro de arrepentimiento.

—¿No te fías de mí? —continuó ella, sin duda en tono provocador.

Gaby se preocupó aún más. Su hermana estaba arriesgándose demasiado. Podía entender que le plantara cara, pero era evidente que James era físicamente más fuerte.

«¿Y qué puedo hacer yo?», se preguntó en silencio.

—No —respondió él categórico—. El juegucito que te has traído esta noche tendrá consecuencias. Lo sabías y aun así no has parado.

«Algo tengo que hacer», pensó Gaby, cada vez más nerviosa. ¿A quién podía pedirle ayuda? Si lograba llegar hasta el teléfono, delataría su posición y quizá su hermana saldría peor parada.

—¿No te ha gustado? —prosiguió Samantha sin perder su tono desafiante.

«Cállate, Samantha», pidió Gaby en silencio.

—Sabes que no soy amigo de ese tipo de provocaciones en público —respondió James.

—¿No puedo coquetear con mi marido cuando me apetece?

—Sabes que no era el lugar apropiado —le recordó él.

—Pues a mí me ha dado la impresión contraria —replicó Samantha toda ufana.

Se hizo el silencio y Gaby se asustó aún más. Lo prudente era retirarse y buscar ayuda, no obstante, hizo justo lo contrario. Se acercó avanzando despacio. Vio la luz procedente de la cocina y se detuvo junto al marco, conteniendo la respiración para que no advirtieran su presencia.

—Mmmm... Samantha.

Al oír ese murmullo se extrañó.

—Reconócelo, te ha encantado...

—No me hace mucha gracia que, delante de todo el mundo, mi mujer me sobe por debajo de la mesa y me provoque una erección de caballo, sabiendo que no voy a poder hacer nada hasta mucho después —replicó él, ahora en un tono más sugerente.

«Pero ¿qué está pasando aquí?»

—Podrías haberme llevado a un rinconcito apartado y...

—No, ya te he dicho cientos de veces que en público hay que comportarse —la interrumpió James tajante.

—Tenía que hacerlo. Sólo por ver tu cara de contención ha valido la pena, y no me riñas, nadie se ha dado cuenta —dijo Samantha mimosa.

—Aun así, me voy a ocupar de que pagues las consecuencias...

Gaby se asomó muy despacio.

Lo primero que vio fue la espalda de su cuñado y después a su hermana, sentada encima de la mesa de la cocina, con las piernas abiertas y la falda levantada.

Abrió los ojos como platos.

Que en el suelo hubiera platos y otros cacharros esparcidos carecía de importancia. Lo relevante era que allí, delante de sus narices, Samantha, lejos de hallarse en peligro, iba a tener relaciones de «ésas» con su marido y ella no tenía por qué verlo.

—¿Ves cómo al final te gustan mis juegucitos? —ronroneó Samantha.

Gaby tragó saliva; su cuñado estaba desabrochándose los pantalones y de un momento a otro iba a verle el trasero.

—Nunca he dicho que me disgustaran, pero la próxima vez, por favor, procura esperar a que estemos solos —contestó él, inclinándose de tal forma que ella acabó recostándose sobre la mesa.

—Le quitas toda la gracia al asunto —se burló Samantha, rodeándole las caderas y atrayéndolo hacia sí—. Y ahora, querido, demuéstreme lo enfadado que estás...

Gaby tragó saliva. Otra vez. Cerró los ojos e intentó respirar, pues no entendía qué le estaba ocurriendo, por qué, en vez de horrorizarse, se había acalorado. Necesitaba aire, a ser posible fresco.

Samantha gritó cuando... ¡Oh, cielo santo!

Con mucho cuidado, Gaby dio marcha atrás. A medida que se alejaba de la cocina, los gemidos perdían nitidez, sin embargo, ella era incapaz de serenarse.

Si antes ya estaba desvelada, desde luego ahora descartaba cualquier posibilidad de conciliar el sueño.

De nuevo en el dormitorio, se quedó junto a la ventana, respirando aire fresco e intentando recuperar la compostura. Desde niña había sido testigo involuntaria de momentos más o menos comprometedores entre sus padres, pero nunca había llegado a tanto.

Ese pensamiento fue sustituido por otro quizá más preocupante, y era que, durante todo su noviazgo de más de siete años con Frank, como mucho había recibido un beso rápido en los labios, algo que ella había interpretado como un signo de respeto, ya que era lo que se esperaba de un hombre hasta que no estuvieran casados. Frank la quería, de eso no tenía duda, aunque no era menos cierto que podría mostrarse un poco más proclive a adelantar la noche de bodas.

Y si en alguna ocasión ella, llevada por el entusiasmo, había intentado ir más allá de un casto beso, Frank la frenaba en seco con una sonrisa cariñosa y un beso en la mano.

Gaby siempre había oído historias de mujeres que se dejaban llevar y luego eran objeto de habladurías; por supuesto, ella no quería llegar a tanto, pero sí al menos disfrutar de algún incentivo. No le dio más vueltas. Se vistió con rapidez, recuperando su vestido de fiesta, y garabateó una nota para que su hermana no se preocupara por la mañana. Iba a cometer una locura.

Salió de la casa y caminó deprisa en busca de un taxi, pero no hubo suerte y tuvo que desplazarse a pie. No había mucha distancia, pero aun así temía que, si se entretenía, acabaría recapacitando.

Hizo el trayecto lo más rápido posible, mirando por encima del hombro por si alguien la seguía. No estaba acostumbrada a caminar sola y mucho menos de madrugada, de ahí su inquietud, que, sumada al riesgo, le aceleraba el pulso como nunca antes.

Cuando por fin divisó el edificio donde Frank había abierto su notaría, respiró algo más tranquila, pero no mucho, ya que estaba a punto de cometer una locura... ¿O no?

Si lo pensaba durante un minuto, no corría tanto riesgo, pues al fin y al cabo era su prometido y jugaba sobre seguro. Además, se le ocurrió otra razón de peso para seguir adelante y no perder el valor. Un argumento que, bien mirado, aparte de insultante era la solución perfecta para que sus sueños se hicieran realidad. Acostarse con Frank, además de proporcionarle un recuerdo inolvidable, podía acelerar sus planes de boda...

Gaby sonrió traviesa justo cuando accedía al edificio. Hasta la fecha siempre se había comportado con corrección, tal como se esperaba de ella. Se dio cuenta de que ya había llegado el momento de ser un poco más astuta y mover los hilos sin esperar a que otros lo hicieran por ella.

Subió al segundo piso. Con la herencia de su padre, Frank había comprado toda la planta, para así disponer de un despacho y de una vivienda amplia. Ella lo había ayudado con las gestiones y asimismo a decorarlo, pues también iba a ser su casa. Por eso sabía que encima de la jamba había una copia de la llave. Un recurso un poco manido, aunque muy útil.

Gaby abrió la puerta y se dirigió hacia la zona privada. Despacio, porque no quería alarmarlo y que pensara que había intrusos en la casa. Contuvo la respiración y pensó si podía ser buena idea ir quitándose la ropa. Sólo se deshizo del abrigo. No tenía mucha experiencia al respecto, pero confiaba en Frank; él seguro que sabía qué hacer.

Vislumbró luz por debajo de la puerta del dormitorio principal, lo más seguro era que estuviera leyendo o adelantando trabajo. Sonrió; Frank, su Frank, siempre tan trabajador.

A pesar de su impaciencia por sorprenderlo, no se apresuró. Le pareció que puerta no estaba cerrada del todo y en ese momento oyó una especie de lamento. Como era de esperar, se inquietó, ya que a primera hora de la noche Frank no había mostrado síntomas

de estar enfermo. ¿Y si le había mentido y el que estaba indispuerto era él y no su madre? De ser así se vería obligada a aplazar sus planes y, por supuesto, lo regañaría por no habérselo dicho.

Siguió avanzando. Otro gemido, un tanto extraño. Frunció el cejo, daba la impresión de que Frank estuviera acompañado. Llegó hasta la puerta y, efectivamente, la encontró entornada, por lo que, para no asustarlo, la abrió despacio.

Jamás imaginó que contemplaría una escena semejante...

Gaby se quedó sin respiración al ver a su querido Frank en la cama de su dormitorio, amarrado al cabecero, desnudo y a cuatro patas, mientras Stanley, tras él, lo embestía con absoluta expresión de placer. No pudo ver la cara de su prometido al estar éste agachado, pero sus jadeos dejaban bien claro que no lo estaba pasando muy mal.

Quiso gritar, aunque le fue imposible emitir ningún sonido, pues la escena la dejó en estado de shock, incapaz incluso de dar un paso atrás.

En un solo segundo todo su mundo se había derrumbado.